

6.- MARZO: CONCEBIDO, NACIDO, MUERTO

PREGUNTAS: ¿Crees que Jesús puede enseñarte la humanidad a la que estás llamado? ¿Cómo te puedes asemejar a Él para que tu humanidad también llegue a plenitud? ¿Cómo puedes colaborar para convertirte también tú en «morada de Dios»? ¿Están tus sacrificios movidos por el amor y por aquello que Dios quiere? ¿Amas hasta el punto de aceptar sufrir por aquellos a quienes amas? ¿Vives la Eucaristía como una ofrenda de ti mismo al Padre? ¿Contemplas la cruz del Señor para aprender de Él a amar y a obedecer?

TEXTOS: Ex 40,34-38; Lc 1,26-38; Mt 1,18-25; Rom 5,6-11; Heb 9,14; CIC 456-630.

«Esta afirmación del *Credo* no se refiere al ser eterno de Dios, sino más bien nos habla de una acción en la que toman parte las tres Personas divinas y que se realiza «*ex Maria Virgine*». Sin ella el ingreso de Dios en la historia de la humanidad no habría llegado a su fin ni habría tenido lugar aquello que es central en nuestra Profesión de fe: Dios es un Dios con nosotros. Así, María pertenece en modo irrenunciable a nuestra fe en el Dios que obra, que entra en la historia. Ella pone a disposición toda su persona, «acepta» convertirse en lugar en el que habita Dios» (BENEDICTO XVI, *Audiencia general del 2 de Enero de 2013*).

«El evangelista Lucas retoma las palabras del arcángel Gabriel: «El Espíritu vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra» (1, 35). Al comienzo del *Libro del Génesis* leemos que «el espíritu de Dios se cernía sobre la faz de las aguas» (1, 2); es el Espíritu creador que ha dado vida a todas las cosas y al ser humano. Lo que acontece en María, a través de la acción del mismo Espíritu divino, es una nueva creación: Dios, que ha llamado al ser de la nada, con la Encarnación da vida a un nuevo inicio de la humanidad. Los Padres de la Iglesia en más de una ocasión hablan de Cristo como el nuevo Adán para poner de relieve el inicio de la nueva creación por el nacimiento del Hijo de Dios en el seno de la Virgen María. Esto nos hace reflexionar sobre cómo la fe trae también a nosotros una novedad tan fuerte capaz de producir un segundo nacimiento (...) Sólo si nos abrimos a la acción de Dios, como María, sólo si confiamos nuestra vida al Señor como a un amigo de quien nos fiamos totalmente, todo cambia, nuestra vida adquiere un sentido nuevo y un rostro nuevo: el de hijos de un Padre que nos ama y nunca nos abandona» (BENEDICTO XVI, *Audiencia general del 2 de Enero de 2013*).

«Encarnación deriva del latín *incarnatio*. San Ignacio de Antioquía —finales del siglo I— y, sobre todo, san Ireneo usaron este término reflexionando sobre el Prólogo del Evangelio de san Juan, en especial sobre la expresión: “El Verbo se hizo carne” (Jn 1, 14). Aquí, la palabra «carne», según el uso hebreo, indica el hombre en su integridad, todo el hombre, pero precisamente bajo el aspecto de su caducidad y temporalidad, de su pobreza y contingencia. Esto para decirnos que la salvación traída por el Dios que se hizo carne en Jesús de Nazaret toca al hombre en su realidad concreta y en cualquier situación en que se encuentre. Dios asumió la condición humana para sanarla de todo lo que la separa de Él, para permitirnos llamarle, en su Hijo unigénito, con el nombre de «Abbá, Padre» y ser verdaderamente hijos de Dios. San Ireneo afirma: “Este es el motivo por el cual el Verbo se hizo hombre, y el Hijo de Dios, Hijo del hombre: para que el hombre, entrando en comunión con el Verbo y recibiendo de este modo la filiación divina, llegara a ser hijo de Dios”» (BENEDICTO XVI, *Audiencia general del 9 de Enero de 2013*).

«Con la Encarnación del Hijo de Dios tiene lugar una nueva creación, que dona la respuesta completa a la pregunta: «¿Quién es el hombre?». Sólo en Jesús se manifiesta completamente el proyecto de Dios sobre el ser humano: Él es el hombre definitivo según Dios. El CV II así lo reafirma: «Realmente, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado... Cristo, el nuevo Adán, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación». En Él podemos reconocer el rostro auténtico y el auténtico rostro del ser humano. Sólo abriéndonos a la acción de su gracia y buscando seguirle cada día, realizamos el proyecto de Dios sobre nosotros, sobre cada uno de nosotros» (BENEDICTO XVI, *Audiencia general del 9 de Enero de 2013*).

«Las palabras de la carta a los hebreos nos explican de qué modo Cristo se ofreció sin mancha a Dios, y como hizo esto con un Espíritu Eterno. En el sacrificio del Hijo del hombre el Espíritu Santo está presente. Según la carta a los hebreos, en el camino de su partida a través de Getsemaní y del Gólgota, el mismo Jesucristo en su humanidad se ha abierto totalmente a la acción del Espíritu Paráclito. Y en medio del sufrimiento ha hecho brotar el eterno amor salvífico. En medio del dolor ha sabido amar. Ha seguido dejando que fuese apareciendo el hombre nuevo, la humanidad nueva. Ha sido por lo tanto escuchado por su actitud reverente. Y con lo que padeció aprendió la obediencia. De esta manera, dicha carta, demuestra como la humanidad sometida al pecado en los descendientes del primer Adán, en Jesucristo ha sido sometida perfectamente a Dios. En medio del dolor y la dificultad he aquí una humanidad que obedece a Dios» (JUAN PABLO II, *Dominum et Vivificantem*).